



**LOS PANZERS
DE LA MUERTE**

**SVEN
HASEL**

Invierno de 1942. Los intentos alemanes por romper el cerco soviético han fracasado. Adolf Hitler, contrariado por el rumbo que están tomando los acontecimientos, da a sus tropas la orden de no retroceder y oponer una resistencia fanática, mientras exige al enemigo que capitule.

El soldado alemán Sven Hassel y sus compañeros del 27.º Regimiento Panzer, curtidos en combate, libran una batalla imposible en el frente ruso, donde las hostiles condiciones del campo de batalla y la brutal ferocidad de su adversario admiten una sola regla: matar o ser matado. Cuando el ejército alemán inicia su retirada ante el enemigo implacable, los veteranos saben que su tiempo ya se ha terminado.

Debíamos gozar de catorce días de descanso.

En sustitución, nos dieron cincuenta gramos de queso por barba, a recoger en cantina.

Pero hacía mucho que no se repartía queso.

Entonces nos regalaron una fotografía en colores de Hitler y regresamos al frente sin descanso y sin queso. Porta se encaminó en línea recta a las letrinas e inmediatamente encontró empleo para cinco fotografías del Führer.

LOS PANZERS DE LA MUERTE

PROEMIO

Muchos lectores de mi primer libro *La legión de los condenados* han reclamado la continuación de mis recuerdos. Así pues, prosigo relatando la guerra, tal como la he vivido con mis camaradas y mi Regimiento. Pido perdón por resucitar aquí ciertos personajes cuya muerte relaté en *La legión de los condenados*. Esta narración no es más que un cuadro rápido y sucinto del mundo de experiencias que fue nuestra vida militar. Creo conveniente recordar que el 27.º Regimiento Blindado se constituyó en 1938. Se convirtió en *Sonder Regiment* en 1939. Veinte mil hombres desfilaron por él entre 1938 y 1945. De este total, se dice que nueve siguen aún detenidos por los rusos en Kolyma, mientras que otros siete regresaron a sus casas al final de la guerra. De esos siete, había un loco que sigue internado en un asilo, dos tuberculosos que murieron unos años más tarde — el último en junio de 1955— y tres enfermos, incluido el autor de este libro, debilitados gravemente por las fiebres. Sólo uno está casi indemne, es decir, sólo le falta la pierna izquierda; pero como la amputación fue hecha por debajo de la rodilla, su insuficiencia prácticamente no se nota cuando pasea por las calles de Colonia. Exceptuando los nueve hombres citados, el Regimiento jalona con sus esqueletos blanqueados los campos de Polonia, Francia, Italia, Grecia y Rusia. Sangrientas batallas, cuyos nombres han entrado a formar parte de la Historia: Stalingrado, Sebastopol, Kuban, Kharkov, Kiev, Cherkassy, Königsberg, Breslaw, Berlín, fueron las tumbas del Ejército alemán.

1

¡Aúlla, silba, estalla...!

Es el fuego que llueve del cielo.

Las madres claman a Dios y se arrojan sobre sus hijos para protegerlos de este diluvio mortal.

Los soldados olvidan el odio que se les ha enseñado para convertirse en salvadores. En medio del pánico, en el que los hombres matan a sus propios jefes, resuenan disparos.

¿Y por qué esta demencia? ¿Por qué estos horrores? Es la Dictadura, amigo mío.

NOCHE INFERNAL

El cuartel estaba en silencio, negro y despierto, sumergido en el sombrío terciopelo del otoño. Sólo las pisadas duras y monótonas de las claveteadas botas del centinela resonaban en el asfalto y hasta los pasillos. Reunidos en el dormitorio 27, jugábamos a «skats».

—Veinticuatro —dijo Stege.

—Soy yo el que ataca, ¿no?

—Veintinueve —prosiguió tranquilamente Móller.

—Mierda —dijo Porta.

—Cuarenta —siguió diciendo Alte—. ¡Esto marcha, larguirucho! No conseguirás mejorarlo.

—Hubiese debido sospecharlo —gritó Porta—. No hay manera de jugar con unos desgraciados como vosotros. Atiende bien, infeliz, digo cuarenta y seis.

Bauer exhibió una ancha sonrisa.

—Mi pequeño Porta, si tienes la desvergüenza de rebasar los cuarenta y ocho, tendré el gusto de aplastarte esas salchichas que te sirven de morros.

—Es mejor que empieces por cerrar los tuyos. Además, aún no has visto nada, amigo mío. Ahí tienes: ¡cuarenta y nueve!

En el exterior sonó un grito:

—¡Alerta! —vociferó alguien—. ¡Alerta...! ¡Alerta!

Resonó el ruido de las sirenas, que fue aumentando y decreciendo alternativamente. Porta, después de agotar las blasfemias, tiró las cartas.

—¡Ah, cerdos! ¡Interrumpir la mejor partida que he jugado desde hace tiempo...!

Pegó un empujón a un recluta aturullado:

—¡Tú, a ver si te mueves! ¡Llegan los aviones! ¡A toda prisa, al refugio!

Boquiabiertos, los reclutas vieron cómo chillaba.

—¿Es un ataque aéreo? —preguntó tímidamente uno de ellos.

—¿Crees que se trata de un baile, estúpido? ¡Valiente desgracia! ¡Una mano sensacional a la mierda! ¡Qué porquería de guerras...! No hay manera de vivir tranquilo.

El desorden alcanzaba su auge. Todo el mundo iba de un lado para otro. Se forzaban los armarios, el pesado paso de las botas sonaba en las escaleras, los jóvenes, no acostumbrados aún a los clavos, resbalaban y caían en el asfalto, patas arriba, enloquecidos por el aullido de las sirenas y pisoteados por los camaradas, que sí sabían lo que les esperaba.

Unos minutos más y la lluvia de bombas horadaría la negra noche.

—¡Tercera Compañía, adelante!

—¡Cuarto pelotón, por aquí!

La voz tranquila de Alte resonó en una oscuridad que hubiese podido cortarse con un cuchillo. En el aire, el zumbido de las escuadrillas se aproximaba. Los cañones de la defensa contra aviones, diseminados por los alrededores, empezaron a ladrar.

De repente, una luz blanca, deslumbradora, desgarró la noche. Una luz resplandeciente, que permaneció suspendida en el aire, como un espléndido árbol de Navidad. Era una bengala; al cabo de unos segundos empezarían a caer las bombas.

—¡Tercera Compañía, al refugio! —ordenó la voz grave de Edels, el *feldwebel* en jefe.

Los doscientos hombres de la Tercera Compañía se arrojaron en las trincheras, tras los terraplenes. Nadie quería saber nada con las cuevas; todos preferíamos el cielo abierto a aquellas ratoneras.

Y súbitamente, se desencadenó el infierno.

En medio de las monstruosas explosiones se oían aullidos. La ciudad, bajo la alfombra de bombas, adquiriría un color rojo de sangre, y el formidable incendio iluminaba hasta nuestras trincheras.

El mundo parecía derrumbarse ante nuestros ojos, en tanto que los torpedos y las bombas incendiarias llovían sobre la urbe condenada.

¡No existen palabras para describir esa noche de horror! El fósforo brotaba como de una fuente múltiple, esparciendo un ciclón de llamas. Las piedras, el asfalto, los hombres, los árboles, el propio cristal, todo estalla.

Revientan bombas, y proyectan el río de fuego cada vez más lejos. Un fuego que no es blando, como el de los altos hornos, sino rojo, como la sangre.

Escuchad... ¿Oís reír a Satanás en este infierno que sobrepasa al suyo...? Otros árboles de Navidad aparecen, deslumbradores, en la noche. Las bombas se multiplican, el terror aúlla en la ciudad, replegada en sí misma como un

animal tembloroso señalado por la muerte. Los hombres, como insectos, buscan las rendijas, los mejores huecos para salvar sus vidas. Pero bajo la luz radiante, pueden pronunciar una última plegaria, porque van a morir, destrozados, aplastados, ahogados, consumidos en aquel monstruoso crisol. Pese a la guerra, al hambre, a las privaciones, al terror, se aferran con desesperación a esta vida que aún aman.

La ridícula defensa antiaérea del cuartel disparaba débilmente contra los bombarderos invisibles. El reglamento ordenaba disparar y se disparaba, pero teníamos la plena seguridad de que ni una sola de las fortalezas volantes recibiría un arañazo.

No muy lejos resonaba un grito estridente, ininterrumpido, y una voz que lloraba llamando a un enfermero. Las bombas habían debido de alcanzar una de las naves del cuartel.

—¡A cuántos habrán liquidado! —murmuró *Plutón*, tendido de espaldas en la trinchera, con el casco sobre la cara—. Esperemos que muchos sean nazis.

—¡Es increíble cómo puede arder una ciudad! —le interrumpió *Móller*, incorporándose para echar una ojeada al océano de llamas—. ¡Válgame Dios! ¿Qué es lo que puede quemar de esta manera?

—Mujeres gordas y delgadas, hombres secos o barriles de cerveza, niños buenos y malos, muchachas bonitas —dijo *Stege* enjugándose el sudor de la frente—. ¡En fin, un buen surtido!

—Sí, amigos, después iremos a desenterraros —dijo gravemente *Alte*, mientras encendía su vieja pipa—. ¡Cochino trabajo! No me gusta ver a las mujeres medio quemadas.

—Nadie te pregunta si te gusta —dijo *Stege*—. Tampoco a nosotros nos gusta. Hemos de hacer de carniceros, y nada más.

—Exacto —replicó *Plutón*—. Una maldita carnicería. ¿Y para qué sirve todo? Pues para aprender el oficio. Es como un aprendizaje.

Se levantó, se quitó la gorra de policía y saludó circularmente a los cuerpos pegados al terraplén.

—Joseph Porta, soldado de primera clase por la gracia de Dios, carnicero en el ejército de Hitler, asesino de profesión, incendiario, y proveedor de la muerte.

En el mismo instante, un nuevo árbol de Navidad se iluminó brillantemente no lejos de nosotros.

—¡Nueva remesa para el infierno! —gritó Porta, dejándose caer en la trinchera—. ¡En nombre de Jesús, amén!

Durante tres largas horas, sin un minuto de respiro, las bombas sacudieron la tierra, cayendo de un cielo aterciopelado. Los depósitos de fósforo estallaban, salpicando las calles y las casas con un chapoteo siniestro, granizo infernal, danza macabra de incendio, de muerte y de tortura.

Hacía mucho rato que la D.C.A. había callado. Sin duda, nuestros cazas estaban allá arriba, pero los grandes bombarderos no parecían notarlo. El inmenso vals de fuego cubría la ciudad de Norte a Sur y de Este a Oeste. La estación ardía en medio de un amasijo de vagones y de rieles retorcidos por la mano de un gigante. Hospitales y lazaretos se hundían en un huracán de escombros y de llamas, donde el fósforo devoraba en sus camas a los enfermos que no habían podido huir. Los amputados trataban de levantarse para escapar del infierno que lamía ávidamente las ventanas y las puertas. Los largos pasillos se convertían en excelentes chimeneas.

Las paredes ignifugadas, en cuyo interior la gente jadeaba antes de morir de asfixia, estallaban como vidrio bajo las toneladas de explosivos. Un olor a carne quemada llegaba hasta nuestras trincheras, y entre las explosiones se oían los gritos de los moribundos.

—¡Es peor que cuanto hemos visto! —dijo Alte—. Si conseguimos escapar con vida, acabaremos completamen-

te locos. Después de esto, prefiero el frente. Allí, por lo menos, no hay mujeres y niños que mueran asados. ¡Deseo a los cerdos inmundos que han inventado esto, que mueran ellos también víctimas del fósforo!

—Espera a que llegue el gran momento —siseó Porta—. Ya lo creo que quemaremos la grasa del culo del gordo de Hermann. ¡Fue él quien enseñó a los ingleses lo que éstos nos devuelven ahora!

Por fin sonó el término de la alerta. Los silbatos y las órdenes resonaron en el cuartel, iluminado por el incendio. Nos precipitamos hacia los camiones. Porta se encaramó como un gato, zumbó el motor, y sin esperar órdenes, el pesado vehículo arrancó a toda velocidad. Aferrados a la plataforma, nos amontonábamos hasta la cabina del conductor. Un teniente de diecinueve años gritó algo. Renunció y se lanzó hacia el camión donde diez manos le levantaron en vilo. Jadeante, preguntó si era el diablo quien conducía, pero nadie contestó. Todos los esfuerzos se concentraban en mantenerse sobre el vehículo que se bamboleaba como un loco y que Porta conducía a toda marcha por entre los cráteres diseminados en la calzada.

Penetramos en las primeras calles que ardían, donde los tranvías y los vehículos yacían aplastados bajo las paredes derruidas. Nos desviamos para pasar por un fragmento de acera indemne, entre árboles tronchados como si fuesen cerillas. Cerca de Erichstrasse hubo que detenerse, porque las casas, derruidas por los torpedos, formaban a través de la calle una pared ante la que incluso un tanque hubiera vacilado.

Bajamos del camión, tratando de abrirnos paso a golpes de pico, de hacha y de pala, a través de las ruinas. El teniente Halter quiso formarnos como un comando, pero fue inútil. Nadie le prestaba atención: quien mandaba era Alte. Encogiéndose de hombros, el joven oficial no insistió y, cogiendo un pico, siguió al veterano del frente, que manejaba

una herramienta con la misma habilidad que una ametralladora en primera línea.

Por entre el humo acre y sofocante surgían sombras, vestidas de andrajos, cuyas quemaduras tumefactas eran suficientemente expresivas. Mujeres, niños, hombres jóvenes y viejos, con rostros pétreos marcados por el terror. En sus ojos asomaba la locura. La mayoría tenía los cabellos completamente quemados, de modo que ya no se distinguía a los hombres de las mujeres, y muchos iban envueltos en sacos mojados con la esperanza de protegerse del fuego. Una mujer nos gritó como una loca:

—¡Criminales de guerra! ¿Estáis satisfechos? Mi marido, mis hijos... ¡han muerto quemados! ¡Malditos seáis! ¡Malditos!

Un anciano le rodeó los hombros con un brazo para llevársela.

—Cálmate, Helena, ya hay bastantes desgracias.

Pero, desprendiéndose del brazo, la mujer se lanzó sobre *Plutón* con los dedos engarriados, como una gata. El corpulento estibador la sacudió un poco y después la dejó a un lado como si fuese una niña. Ella se dejó caer en el suelo y golpeó con la cabeza el asfalto ardiente, mientras lanzaba gritos inarticulados que se perdieron tras de nosotros, que seguíamos avanzando penosamente por un océano de ruinas.

Un agente de policía, sin casco, con el uniforme medio quemado, nos detuvo y tartamudeó:

—La casa de niños... La casa de niños...

—¿Qué dices? —gritó Alte, exasperado.

—La casa de niños... La casa de niños... —proseguía diciendo el agente, como una letanía y la misma voz monótona, sin soltar a Alte.

Plutón se acercó rápidamente y pegó un puñetazo al hombre; un buen remedio empleado en el frente para los que se veían afectados por lo que se llama «el vértigo del frente». También en aquella ocasión dio resultado. Parpa-

deando de terror, el agente acabó por pronunciar unas frases coherentes.

—La casa de niños... Salvad a los niños... Están encerrados allí... Soy el guardián... Arde, arde... Y gritan. ¡Gritan, capitán! El guardián Poél informa... ¡Está ardiendo...!

—¡Orina un poco! ¡Después te sentirás mejor! —gritó Porta, cogiendo al hombre y sacudiéndolo—. ¡En marcha! ¡A qué esperas, vive Dios? No soy capitán, sino soldado de primera. ¡Adelante! ¡No me oyes?

El agente permanecía inmóvil. De pronto, empezó a correr en círculo, atolondrado. Pero el teniente Halter lo inmovilizó.

—¿Has oído? ¡Adelante! Enséñanos dónde es, y aprisa. De lo contrario, te fusilamos.

Colocó su máuser bajo la nariz del agente medio loco, cuyos labios temblaban como los de un conejo, mientras gruesas lágrimas resbalaban por sus mejillas. Era un viejo que, a no ser por la guerra, estaría jubilado ya.

El corpulento *Plutón* se puso ante él y le empujó brutalmente.

—¡Basta! Adelante, polizone del diablo, indícanos el camino o te abro un agujero en la barriga.

El agente vacilaba, daba traspiés, corría ante la columna por las calles deshechas donde bailaban las llamas. Por todas partes, cuerpos tendidos, pegados a tierra; muchos estaban muertos, otros permanecían silenciosos, locos de pánico, y otros gritaban hasta producir escalofríos. En un lugar, que había debido de ser un cruce, un niño corrió hacia nosotros aterrorizado, con la boca espumeante.

—¡Están encerrados en la bodega! Ayúdeme a sacarles. Papá es soldado como ustedes, y estaba de permiso... Lieschen ha perdido un brazo, Henrik ha caído entre el fuego.

Nos detuvimos y Móller acarició al niño:

—En seguida volvemos —dijo.

El instinto nos decía que nos esperaba algo mucho más grave.

Por fin, ante una montaña de paredes derruidas, tuvimos que detenernos. En el momento en que nos volvíamos para interrogar al agente, retumbaron unas explosiones enormes. En un santiamén, estábamos protegidos; la experiencia del frente constituye una verdadera bendición.

—¡Son los «Tommies» que vuelven! —gritó Porta.

Un sonido metálico ensordecedor y esquirlas, tierra, piedras silbaron por encima de nosotros. Un granizo cae sobre nuestros cascos de acero, pero ni siquiera le prestamos atención. Al cabo de un momento, todo pasa...

—Bombas sin estallar —constata Alte, incorporándose.

Seguimos nuestro camino, con el agente en cabeza. A golpes de pico horadamos una cueva, un muro y llegamos por fin a algo que debía ser un gran jardín en el que un loco hubiese derribado todos los árboles. Bajo las capas de cascote y de hierros retorcidos, las llamas parecían jugar al escondite. El agente señaló con un dedo y murmuró:

—Los niños están ahí debajo.

—¡Qué pestilencia! —exclamó Stege—. ¡Aquí han tirado bombas de fósforo!

Alte miró rápidamente a su alrededor y sin pérdida de tiempo empezó a trabajar en algo que guardaba cierto parecido con una escalera descendente. Picamos, desescombramos y rascamos febrilmente, pero sin obtener ningún resultado. A cada paletada que sacábamos, nuevo cascote caía en su lugar y, al cabo de un tiempo, nos detuvimos agotados. Móller dijo que lo más razonable sería tratar de comunicarnos con la cueva, por si casualmente hubiese alguien vivo aún. Contemplamos al agente, que se balanceaba de un lado para otro, con mirada de muerto.

—¡Eh, poli! —gritó Porta—. ¿Estás seguro de que es aquí? Para la mecedora y acércate. ¡Eh, viejo! ¿No me oyes?

—Déjale en paz —dijo el teniente—. Nada puede hacer. De todos modos, esto es una casa de niños. Está escrito en esa placa.

Siguiendo el consejo de Móller, empezamos a golpear las bases del edificio, acechando una respuesta desde el interior. Al cabo de lo que nos pareció una eternidad, unos débiles golpes llegaron hasta nosotros. Volvimos a golpear con un martillo y escuchamos con el oído pegado a tierra. No había duda, nos contestaban.

En el acto, nos lanzamos como locos sobre nuestras herramientas. El sudor resbala por nuestros rostros ennegrecidos, las manos nos sangran, las uñas se parten al coger los pedazos de pared salientes y rugosos que el pico desprende.

El agente seguía balanceándose sobre sus pies, murmurando palabras incomprensibles.

—¡Acércate, decano de la policía! —gritó *Plutón*, encolerizado—. ¡Trabaja con nosotros! ¡Te lo ordeno!

No obtuvo ningún resultado. El gigante se le acercó, lo levantó como si fuera un niño y lo lanzó de cabeza al pozo en el que trabajábamos. Le pusieron en pie y alguien le puso una pala entre las manos.

—¡Y a ver si nos movemos, camarada!

El hombre empezó a rascar y, poco a poco, el trabajo pareció devolverle la razón. Por fin, en el fondo del agujero en el que trabajaba Alte, apareció una rendija, de la que surgió bruscamente una mano infantil, crispada, que se aferraba desesperadamente. Alte se inclinó y pronunció palabras tranquilizadoras a través de la oscura rendija. Pero por allí surgía un infierno de gritos, un infierno de voces de niños llegados al paroxismo del terror y de la locura. Tuvimos que golpear la manecita para que se retirara, pero inmediatamente apareció otra. Stege se volvió diciendo:

—Es para volverse loco. Así no conseguiremos nada, y si desescombramos, aplastaremos alguna de esas manos.

Una mujer gritaba pidiendo aire.

—¡Agua, agua! —gemía otra—. ¡Por amor de Dios, agua!

Siempre de rodillas, Alte pronunciaba palabras tranquilizadoras. En tales momentos, era un dechado de paciencia, y sin él haría mucho rato que hubiésemos tirado nuestras herramientas y hubiésemos huido tapándonos los oídos con las manos para no seguir oyendo aquellos gritos atroces...

Amanecía, pero la luz apenas podía horadar la capa de humo asfixiante que recubría la ciudad incendiada. Trabajábamos con las máscaras antigás, al borde de la sofocación. Nuestras voces, a través del filtro de la máquina, parecían voces de fantasma. El conjunto parecía un sueño, una horrible pesadilla.

Habíamos abierto otro agujero y tratábamos inútilmente de apaciguar a los desesperados. Nos llegaban frases sincopadas, que elevaban al colmo el horror, ese horror que nadie que no haya presenciado uno de estos bombardeos aéreos, puede imaginar. Todos creen en lo peor cuando llueven las bombas, pero eso no es lo peor; lo peor son las reacciones humanas, que crean un infierno inolvidable.

—Padre nuestro que estás en los cielos... —oraba una voz temblorosa.

Todos los impactos sordos de los picos respondían. «¡Schssss...!», hacían las explosiones. «Perdónanos nuestras deudas...». Un surtidor de barro y de fuego emergió hacia el cielo; los estampidos resonaron a nuestro alrededor. ¿Bombas sin estallar? No, bombas incendiarias de espoleta retardada. Nos acurrucamos junto a las paredes maestras. «Venga a nos el tu reino...».

¡Callaos! —vociferó Porta, furioso—. ¡Es ese cerdo de Satanás! ¡El de Hitler...!

—¡Socorro! ¡Dios del cielo, salvad a nuestros hijos! —lloraba la voz desesperada en el negro agujero.

—¡Dense prisa! Sálvennos —gritó una voz histérica.